

Índice

Prólogo por Alonso Cueto Caballero	9
A modo de introducción.....	11
01. Se encendió el planeta Tierra	13
02. Los países en conflicto.....	25
03. El día que volvimos a nacer	49
04. Sobrevivir a la guerra y pensar en la paz	61
05. Minuto de silencio	71
06. Las víctimas de la guerra pierden todo	75
07. ¿Habrá paz, después de tanta injusticia?	81
08. Las botas marchan en diversas direcciones.....	89
09. Tiempos de aún mayor incertidumbre.....	93
10. Una nueva vida más allá de la guerra	107
11. Nuevo Mundo, ¿sería verdaderamente nuevo?	125
12. Preguntas sencillas, respuestas difíciles.....	143
Epílogo. Setenta años después	145

Prólogo

Una larga historia de amor

Las guerras son siempre una ocasión para conocer a las personas. Todas las situaciones de riesgo, de desafío, ponen a prueba nuestros instintos más esenciales, y nos revelan lo mejor y lo peor de nosotros mismos y de otros seres humanos. La solidaridad, el afecto, la traición, el amor, la crueldad y la violencia que por lo general reprimimos o escamoteamos, aparece en las situaciones de riesgo. Es una prueba difícil. Y sabemos quiénes somos de veras, solo ante la adversidad.

Este libro de Hildegard Rittler de Pinto-Bazurco es una muestra de ello. La guerra saca a luz sus múltiples cualidades. La multitud de peripecias y de incidentes que cuenta, desde que conoce a su marido Ernesto Pinto-Bazurco, es una de las más maravillosas historias de amor, coraje, y de sobrevivencia que pueden leerse.

En uno de sus pasajes, la promesa de Ernesto de quedarse a vivir en Alemania, aún ante la amenaza de la guerra, debido a su deuda con el país, está narrada con una sencillez y una sinceridad que nos conmueven. Lo mismo puede decirse de otros episodios como el momento en el que Hildegard se propone vivir aún en medio de un edificio en llamas y los avatares que tienen que sufrir en un asfixiante sótano, en tanto caen las bombas. Y luego la tierna solidaridad de los niños que cantan bajo los escombros de una ciudad y dan ánimos a los adultos. Así como es también ilustrativo, para entender los momentos especialmente difíciles vividos, la respuesta que le da al funcionario alemán sobre el permiso para contraer matrimonio con un peruano.

El humor y el patriotismo gastronómico no están ausentes en este libro pues la nostalgia por la comida peruana —el *camotito*, nuestra papa dulce, asado— aparece aún en los momentos de mayor peligro en la mente de Ernesto, en tanto que él, médico y altruista, se dispone en cualquier circunstancia a ayudar a los demás.

Pocas veces he visto narrada desde el lugar de los hechos las sensaciones que producen la guerra y esa mezcla de amor por el país con el rechazo que produce su gobierno totalitario y cualquier forma de autoritarismo que lamentablemente tan frecuente fue en la historia del siglo XX. El libro constituye una vehemente condena a la violencia, así como un mensaje a la conciencia de los que hacen la guerra. En suma un llamado a la paz.

La maravillosa zona de Baviera, tan pródiga en su naturaleza y su cultura e historia, aparecen claramente en estas páginas que creo que conmoverán a cualquier lector, como lo han hecho conmigo. Sabemos una vez más que el coraje y la valentía son apenas el otro lado de la moneda de la ternura y el afecto. La señora Hildegard, hoy también peruana y madre de tres hijos, nos lo enseña una vez más.

Es el material muy valioso de una vida heroica, una larga historia de amor.

Lima, mayo 2010.

Alonso Cueto Caballero

A modo de introducción

«Las gentes tienen estrellas diferentes, no son las mismas para todos. Para algunos, los que viajan, las estrellas son sus guías. Para otros, no son otra cosa que pequeñas lucecitas. Para otros, los sabios, entrañan problemas. Para mi hombre de negocios, eran oro. Pero ninguna de esas estrellas habla. Tú, sin embargo, tendrás estrellas diferentes como nadie las ha tenido».

Antoine de Saint-Exupéry

Autor de El principito. Poeta y piloto desaparecido en la Segunda Guerra Mundial.

La Segunda Guerra Mundial tuvo para los pueblos de todos los países involucrados el mismo resultado. El mundo, que ya estaba dividido en forma horizontal entre ricos y pobres, se partía ahora de modo vertical entre dos sistemas político-económicos antagónicos llamados capitalismo y comunismo. Para disimularlo, algunos líderes políticos usaron un ardid y consideraron esta división como si se derivase de una situación geográfica de la que la política no tenía la culpa: Occidente y Oriente. En ambos sistemas, las mismas mayorías tuvieron que trabajar más para producir una riqueza que les era ajena, o dejar sus vidas en otros conflictos armados para defender los intereses de los gobiernos que los habían arrastrado a la guerra y condenado a no salir de la pobreza.

El objetivo de este libro es, como se puede apreciar, intentar construir de nuevo algunos presupuestos sobre los que se sustentan los discursos críticos sobre la guerra y sus resultados. El proceso de escritura nace del deseo de dar a conocer la visión propia basada en vivencias y testimonios históricos, de romper nuestro silencio e irrumpir en un proceso crítico de creación, asumiendo las responsabilidades que tuvimos como testigos directos.

Un ejercicio válido para los estudiosos de las ciencias humanas que constantemente, y con los últimos cambios históricos, nos obligan a reflexionar y a cambiar las miradas para descubrir nuevos horizontes más amplios; y también una forma de rescatar a los ninguneados o condenados a ser marginales, que sufrieron las consecuencias de una guerra hecha por otros con beneficios para quienes son ajenos.

He sufrido los bombardeos, y, a raíz de ello, perdí un hijo que no llegaría a nacer. El padre de mi hija fue preso político. Acabada la guerra, padecí los estragos de la ocupación y la discriminación. Estas vivencias me dan la autoridad para condenar todas las formas de limitación de las libertades individuales y opresión y pisoteo de derechos fundamentales del hombre, sean estas de derecha o de izquierda, vengan de Occidente u Oriente.

Se encendió el planeta Tierra | 01

El calendario marcaba el 1 de septiembre de 1939. Se vivía en Alemania un caluroso y espléndido día de otoño. El sol vestía todo el ambiente de oro. No pude resistir la tentación de irme en bicicleta de mi casa en Múnich-Ninfenburgo a la cercana localidad de Grünwald, pasear por los bosques sin rumbo y asolearme en uno de sus claros, parpadeando al cielo aturquesado, soñando... Miraba, sin mayor preocupación, los frondosos árboles, y contemplaba como sus ramas se inclinaban con la suave brisa. Se rozaban para acariciarse, por mandato de la naturaleza, que era, sin necesidad de la interferencia de los hombres, bella.

A veces bailaban hojas encima de mi pecho en su caída cadenciosa y coqueta. Como si, de poder hablar, quisieran decir «¡mira qué lindas estamos!». Yo sentía algo similar: la naturaleza había puesto toda su belleza y color en mi cuerpo y alma jóvenes, alentando mi entusiasmo por vivir.

Un poco más lejos se elevaba majestuosamente un grupo de pinos con sus púas brillantes y plateadas jugando con los rayos del sol. Los insectos zumbaban en el aire y junto al chirriar de los grillos, el concierto lo completaba el trino de los pájaros que cantaban alegremente.

Aspiré el aire puro del bosque y experimenté la deliciosa sensación de desprenderme de toda tensión. Cuando el ambiente empezó a enfriarse, emprendí el retorno a casa, tomando un camino tranquilo. Iba sin apuro, llena de felicidad.

Al llegar a la plaza de Stachus, en el centro de Múnich, unas voces estruendosas de altoparlantes gritaban «¡Guerra! ¡Guerra!».

La gente se miraba y tomaba conciencia de que se desataba una guerra. Y eso significaba que todos, de algún modo u otro, nos veríamos afectados. Así, a partir de ese momento se iniciaba un cambio en nuestras vidas, que nos llevaría a sufrir enormes carencias y, posiblemente, la muerte de muchos de nosotros.

Ya se había hablado meses antes de las posibilidades de una invasión a Polonia. Se daban ciertas condiciones y hubo más de un pretexto. El último era el asesinato de un diplomático alemán en Polonia. A pesar de las informaciones, mis amigos de la misma edad y yo misma desconfiábamos de la propaganda del régimen nacionalsocialista.

Las clases dirigentes siempre han encontrado excusas para iniciar una guerra. La mezcla explosiva siempre ha sido la misma: por un lado se aumenta un porcentaje del presupuesto para la compra de armas y por otro se montan aparatos de propaganda para inculcar miedo o falso patriotismo a los que tendrán que poner sus vidas a disposición de la causa que decidan los dirigentes.

En aquel momento me negaba a creer que se desencadenaría una nueva guerra mundial. ¿Acaso Alemania no había aprendido suficiente con su amarga experiencia en la Primera? Esa fue mi reacción inicial, de defensa ante lo que no estaba en mí poder controlar. Había gente en grupos, estirando sus cuellos por encima de los hombros de otros tantos aglomerados, para poder ver los titulares en letras grandes y en rojo sangre, de una edición especial del periódico, para conocer en detalle aquel anuncio horrorizante.

Di varias vueltas por la ciudad, observando la manera cómo tomaban y comentaban la noticia los demás, especialmente el comportamiento de las personas mayores. A mis 22 años estaba llena de curiosidad. Bajé de la bicicleta y leí, una y otra vez, como para convencerme a mí misma, la noticia en un impreso que sostenía un hombre anciano en sus manos temblorosas. Su rostro reflejaba sabiduría y, a la vez, miedo.

Su edad delataba que seguramente había participado en la Primera Guerra Mundial.

¡Guerra! Una palabra escalofriante. Europa había sufrido varias en tiempos recientes, quizá demasiadas. Era la voluntad de los políticos, sin importar que la mayoría de la población estuviera en contra. Nadie nos había preguntado si queríamos guerra. Son los políticos, los malos dirigentes quienes toman las decisiones sin consultar con el pueblo al que supuestamente representan. Y ni siquiera sabíamos, qué intereses estaban detrás de éstos. Para que sucediese un acontecimiento de tanta magnitud, debían ser varios los culpables, intuía.

Después de haber disfrutado un día tan maravilloso, tanto más me impresionó esta brusca noticia. A pesar de que encontrarme rodeada de mucha gente que hablaba en voz alta, me encontraba absorta, sola. Al instante se dibujaban en mi mente los horrores de las revoluciones posteriores a la Primera Guerra Mundial. Era muy pequeña todavía, cuando los comunistas instalaron su campamento en una gran pradera frente a mi casa y anunciaron con altoparlantes «¡se disparará a quién se asome a la ventana!» No me permitían salir al balcón. Pero ahí estaban mis juguetes, mi cajón de arena, y quería protegerlos. Ignorando el peligro, pasé rápidamente bajo la ventana del balcón, haciéndome más pequeña todavía por lo que mis hermanos, *los malos muchachos*, me habían bautizado como la *pulga*, por lo movida que era. Mi curiosidad, como había sucedido con otros chicos, hubiera podido terminar con mi vida.

Escuché varias detonaciones. Las quise contar, pero los gritos me distrajeron. ¿Qué había sucedido? Mi pequeña amiga, Marietta Blumme, con la que jugaba ocasionalmente, tenía su cama cerca de una ventana. Estaba enferma, y al levantar su cabeza cayó muerta por el impacto de una bala.

Yo me puse a llorar desconsolada, tenía miedo, temor. Aún en aquel momento, pasados más de quince años, me quedaba el rencor contra la gente con fusiles y su agresividad. La tris-

teza y el horror que tuve ese día fueron demasiado para mí y me dejaron una huella de rechazo a los uniformes militares y a toda forma de violencia.

Nadie se puede acostumbrar a la estridente detonación de los disparos, ni a este modo tan brutal de ejercer el poder mediante la violencia.

Aquello era más de lo que podía aguantar la tierna alma de niña que tenía entonces. Como también era demasiado para el corazón de la joven que afrontaba, de pronto, una nueva Guerra Mundial. Por eso tengo grabado en mi mente, todavía hoy después de muchísimos años, en todo su desarrollo y dramatismo, la suma de estos acontecimientos.

El recuerdo y el espanto de esa experiencia vinieron a mi mente en aquellos instantes, parada en medio de la capital de Baviera. Aquel otoño en el que tuve conciencia por vez primera de que la guerra significaba disparos, y estos, la muerte de muchos inocentes. Me sentí estremecer y tuve que salir corriendo intentando escapar de aquella sensación.

En ese día tan importante para mí, como para todos los alemanes y para la misma historia de nuestro mundo, traté de huir de la realidad, y seguí corriendo, sin descanso, hasta la casa para llevarles la noticia a mi mamá y a mis hermanos.

Cuando llegué exhausta me di cuenta que había dejado la bicicleta abandonada, que había corrido desesperada, buscando la protección del hogar sin preocuparme de lo que dejaba detrás de mí.

Mi padre había muerto en diciembre de 1933. Para él hubiera sido deprimente verse frente a una guerra. Era un convencido de que la paz que continuamente aseguraban políticos y dirigentes realmente existía.

Más aún, con el auge de Alemania que se hacía sentir a comienzos de 1933, la mayoría de los habitantes, que amaban

la paz, no pensaban en la posibilidad de una guerra. Existía una población entusiasta con la oportunidad de trabajo y progreso. Se construyeron autopistas y solamente ahí ocuparon a 125 mil personas, lo que era un número significativo para reducir el desempleo.

Aquel primero de septiembre lloré. No lo había hecho desde la muerte de mi padre. Tenía la sensación de sentirme desamparada.

El otoño, que se caracteriza en Alemania por el contraste de colores, en el que destaca el ocre, parecía interrumpirse bruscamente. Por el ánimo de las personas y su reacción de ponerse a recolectar todo lo que podía ser útil en tiempos de guerra, parecía que bruscamente habíamos entrado a un crudo invierno. Incluso los jóvenes, como mi grupo de amigos, habíamos perdido la alegría.

En los días siguientes, la propaganda organizada por los nazis buscaba amortiguar los temores y motivar adecuadamente a la población civil para prepararla para la guerra. Banderas, himnos y canciones se repetían en películas que mostraban la exaltación de la gente, la bienvenida que se le daba a los alemanes en Viena, insinuando paralelos con Varsovia. Escenas de lucha y muerte eran objeto de censura.

Luego de la declaratoria de guerra, traté de mantener los ánimos en el hospital donde trabajaba asistiendo a niños y jóvenes. Así, decidí utilizar una pizarra para abrir una sección de chistes. Yo quería, ante el pronóstico de malos tiempos, mantener tanto el ánimo como la solidaridad entre los pacientes, abriendo también la posibilidad de que se expresaran libremente. Cualquier edificio forma parte de un todo común con lo que lo rodea. Por eso, durante la construcción del nuevo Hospital General a principios del siglo XIX, se prestó una especial atención a los alrededores. Para ello se contó con el destacado floricultor alemán, Ludwig von Sckell, quien diseñó de manera extensa las diferentes áreas verdes del

lugar. Von Sckell también se había encargado de construir el más famoso centro de esparcimiento, el Jardín Inglés [*Englischer Garten*] en Múnich. Pero fuera de su faceta como proyectista para zonas urbanas y palaciegas, este hombre solidario con los demás, se había dedicado también a la instalación de jardines para hospitales.

No obstante, la construcción carecía de refugios seguros en caso de ataques aéreos. Cuando pregunté sobre ello, me dijeron muy convencidos «en la guerra no se bombardean los hospitales». Aquel criterio no sólo obedecía a razones de humanidad, sino también a elementales criterios militares de no desperdiciar municiones ni potencial de guerra en personas que ya estaban fuera de combate.

No tomaba mi trabajo como una obligación, sino más bien a modo de vocación. Estaba convencida de que haciendo el bien a los demás, ayudando a las personas necesitadas, me sentiría realizada.

Como me gustaba mi entorno, dejaba que las personas que habían trabajado por años en el hospital me contaran la historia de éste. Mis compañeros más antiguos me recordaron que la principal idea era mostrar a la sociedad que los hospitales son una cosa natural, que pertenecen al ciclo normal de vida, al estar directamente relacionados con enfermarse o estar herido. El hospital en cualquier caso sintetizaba el concepto general de la ampliación de Múnich, combinando su aspecto urbano con áreas verdes que satisfacían la necesidad de los pacientes al tener un bello lugar para la convalecencia al aire libre.

Por mi parte, y en la medida de mis posibilidades, quería mantener, adicionalmente a ese ambiente, una dosis de alegría. Iba con mi carácter ver las cosas en forma positiva. Así, todos los días, a las once de la mañana se evaluaban y luego se borraban las mejores ocurrencias escritas en la pizarra. Si alguien —esto era voluntario— ponía su nombre, entonces

podía ser premiado. El premio era simbólico: caramelos o, de vez en cuando, un chocolate comprado con mi dinero.

El sentido del humor forma parte de la forma de ser de los habitantes de Baviera. Por ese entonces ya se habían hecho famosos humoristas como Karl Valentin. Sus chistes, bromas y comentarios costumbristas formaban parte del acervo popular.

El entusiasmo y el buen humor de los pacientes se mantuvo hasta el verano. La llegada del otoño, acentuada por la entrada del invierno, disminuyó la participación. Al acercarse Navidad habían pasado dos semanas sin que apareciera una nueva ocurrencia humorística.

Luego, me enteraría de que dos de los más bromistas, entusiastas participantes de la pizarra de bromas, habían sido dados de alta a pesar de estar aún enfermos. Alguien había interpretado sus ocurrencias como de intencionalidad política y el temor a recibir sanción apresuró la medida de los dirigentes del hospital que en épocas tan difíciles del nacional-socialismo no se podían permitir ningún atisbo de tolerancia a la oposición.

Chepo, el portero del hospital, era de origen húngaro y todos lo llamábamos así por su apellido casi impronunciable. Era un hombre simple, sin gran ilustración, pero siempre servicial y atento con los que consideraba sus superiores o, simplemente, con mejor posición social. La entrada de cualquier señora muy bien vestida, era siempre acompañada por una genuflexión de Chepo.

Pronto, recién iniciados los años cuarenta lo vi con uniforme de camisa marrón, brazalete con esvástica, y botas altas. Su saludo cambió por un brazo derecho en alto carente de venia y con cierta altivez.

Cuando le pregunté por su actitud me contestó: «supervivencia, señora. Heil Hitler», a la vez que hacía sonar los tacones de sus botas.

Vuelvo a un día muy especial. El 28 de septiembre sonreí por primera vez desde el inicio de la guerra. Era el cumpleaños de Ernesto, un apuesto peruano estudiante de Medicina tres años mayor que yo. Me había invitado a una pequeña reunión en la Casa Perú, donde vivía junto con otros estudiantes de su país. Ellos se afanaban en convertirla en un centro de encuentro e irradiación cultural. Toda una sorpresa, en la fiesta se contaba una docena de chicas jóvenes, casi todas alemanas o austriacas. Sólo estaban Ernesto y otros tres varones. Los hombres, nuestros amigos, se habían ido a la guerra.

Yo, como mujer con hermanos mayores estaba acostumbrada a ser el centro de atención y a ser consentida y cuidada. Casi sin darme cuenta, los tres se habían ido a la guerra. Ahora, Ernesto era el único que sólo tenía ojos para mí, aunque yo aún no fuese totalmente consciente de ello.

- Ernesto, ¿cuándo te regresas a tu país? —le pregunté.
- Yo le debo a Alemania mis conocimientos de Medicina... Ahora no puedo dejar de sentir el deseo de quedarme a ayudar. Necesitarán muchos médicos.
- Pero no te debes sentir obligado... Tú no eres alemán ni tienes que ver con esta guerra.
- Más que obligación es el deseo de retribuir a los alemanes algo de lo que he recibido. No solo como médico sino también toda la formación humanista.

Mientras los otros invitados al cumpleaños hablaban sobre cosas superficiales, Ernesto y yo nos entendíamos sobre aspectos fundamentales de la vida, conversando sobre ética y filosofía.

Una joven austriaca nos interrumpió para intentar convencernos de que alemanes y austriacos formábamos una sola nación y Hitler, en su condición de austríaco de origen y como líder de Alemania desde 1933, era el mejor ejemplo de aquella realidad.

Aproveché para investigar por las estanterías. Había cientos de libros. Principalmente de Anatomía, Medicina, Biología y otras ciencias afines. Pero recuerdo que lo que más llamó mi atención fue la abultada cantidad de libros en diversos idiomas que trataban sobre política. Más aún la importante presencia de los principales pensadores alemanes. Por mi gran interés en la Filosofía, creo recordar algunos de los autores, aunque no los títulos. Allí estaban las obras de Arthur Schopenhauer, Wilhelm von Humboldt, Gottfried von Leibniz, Immanuel Kant, Friedrich Nietzsche, August von Schlegel, Johann Herder... muchas de ellas en mal estado de conservación (incluso en algunos casos les faltaba la tapa). No me atreví a preguntarle si los habían comprado usados, o si los habían leído tantas veces.

Él, adivinando mi pensamiento, me dijo: «unos libros se adquirieron muy usados y otros muestran las veces que fueron prestados.

Schopenhauer y Unamuno, Heidegger, Jaspers, estaban en español y francés. Feuerbach, Hegel, Engels, Schelling, Kierkegaard, Marx, Bakunin, Kropotkin, Nietzsche y Comte, también estaban en la biblioteca.

Sobre una mesa estaba *El capital*, de Carlos Marx y debajo *Mi lucha* de Adolfo Hitler. Ernesto me miró con sus ojos negros. Debajo de su bigote se dibujaba una sonrisa traviesa, a la vez que me preguntaba:

- Dime Hilde, cómo te gusta más, ¿*Mi lucha* encima de *El capital*?, ¿o al revés?

Aquella nada inocente pregunta estaba destinada, indudablemente, a conocer mi filiación política. Espontáneamente, le contesté clavándole mis ojos verdes que prefería uno al lado del otro, y a buena distancia, para que no exista guerra. Y, en medio, el *Fausto* de Goethe, simbolizando al doctor Fausto que vendió su alma al diablo en busca de dinero, en la creencia, equivocada al fin, de que se podía vivir mejor sin espíritu y con mucha fortuna.

Ernesto se sintió satisfecho, lo leía en su mirada. Fue a otro cuarto y buscó el libro del autor nacido en Fráncfort, y lo puso, tal como quise, en el medio.

Pero trajo bajo su brazo unos cuantos libros más. Se tropezó y se le cayeron al suelo. Eran libros de Filosofía. Los recogió uno a uno y los fue poniendo sobre los libros de Marx, Goethe y Hitler.

- En realidad la Filosofía debe estar por encima de todo. No sólo es la madre de las ciencias o cuna del pensamiento, como dicen algunos, sino que además es la forma o estructura que da fundamento a las ideas.

Las doce jóvenes que estaban presentes le prestaban ahora atención. Ernesto agregó: «si los políticos en vez de escribir tanto sobre economía, lo hicieran sobre ética, entonces me podrían convencer».

Comprobé que entre los estudiantes que estábamos reunidos esa noche, nadie simpatizaba ni con Hitler ni con Marx. Sin duda, eran jóvenes cultos.

Acomodó todos los libros en una pila. Arriba de todos puso a Emmanuel Kant a quién admiraba porque, sin haber salido del pueblo en que nació, había sido capaz de recoger el fundamento del pensamiento alemán en su libro *La paz perpetua*. Luego me dijo:

- Un peruano, apellidado Mariátegui escribió un libro mejor, porque está adecuado a un país tan complejo y multicultural como el mío. Se llama *Siete ensayos de la realidad peruana*.

Lo buscó afanosamente en la biblioteca. Después de un rato, Ernesto encontró el libro que había quedado escondido porque era bastante pequeño y delgado. «Te lo regalo», me dijo.

Yo, que no hablaba una palabra de español, le di una ojeada de cortesía. En la primera página estaba su nombre completo.

Al leerlo, me asombró que Ernesto tuviera tantos apellidos. Me quedó una buena impresión, al comprobar que el inteligente joven peruano no se interesaba sólo por las ciencias, sino por las humanidades (incluidos los literatos alemanes más ilustres).

Volví hacia los invitados. Nos recuperábamos lentamente del susto por el inicio de la guerra. Una mezcla de sorpresa y miedo latía en nosotros por la agudización de un conflicto armado cuyas dimensiones se podían adivinar pero no calcular. Lo único que podíamos intuir con certeza era que moriría mucha gente y que perderíamos parientes y amigos. ¿Sobreviviríamos todos a la guerra? Aquella tensión había cambiado el comportamiento de mucha gente. Era algo que nos sorprendía y que comentábamos entre nosotros.

Los asistentes a la celebración del cumpleaños —todos estudiantes— discutían aventurando apuestas sobre el resultado de la guerra. ¿Quién ganaría? Casi todos estuvieron de acuerdo en que el país que produjera los inventos más avanzados llevaría una ventaja. El resultado dependía no tanto de la valentía, ni del entrenamiento de los soldados, sino de la tecnología que cada bando pudiese poner a disposición de su ejército. Así, Alemania, país de inventores, podría tener un protagonismo espectacular a pesar de que en otros aspectos no fuera tan fuerte como sus rivales.

La joven austriaca hizo un recuento de todos los inventos alemanes. Comenzó diciendo que todos los motores en sus más diversas variantes habían sido construidos por alemanes, pero que un austriaco inventó la hélice para los barcos, y...

Ernesto interrumpió su discurso para dar una opinión que, por su fuerza, parecía una conclusión. No sólo basta inventar los medios más destructivos, sino que además había que tener la disposición de aplicarlos, es decir, la intención unívoca de matar gente. «Ahí creo que tienen ventaja los países acostumbrados a determinar, con criterio político-utilitarista, sobre la vida de los hombres», añadió. Años después de ese

pronóstico, las bombas atómicas lanzadas sobre Hiroshima y Nagasaki tristemente le darían la razón.

Dejamos de discutir de política y de guerra y nos refugiamos en la música. Una joven austriaca de pelo largo y negro comenzó a tocar el violín y yo me dispuse a acompañarla al piano. Ernesto sacó una botella con un licor transparente. «Se llama pisco» nos dijo al tiempo que nos explicaba que se trataba de un aguardiente de uva tradicional en su país. Lo había traído en su viaje del Perú, hacía ya casi seis años. Ernesto, algo nostálgico y pensativo, sentenció: «guardaba esta botella para una gran ocasión. Ahora ya no cabe esperar más. La guerra ha empezado y temo que las oportunidades para celebrar se han acabado».

Brindamos por su cumpleaños, al tiempo que éramos conscientes de que aquella celebración anticipaba un cambio brusco que traería tiempos mucho más complejos.

